
CELEHIS-Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas.
Año 21 – Nro. 24 – Mar del Plata, ARGENTINA, 2012; pp. 13 - 36

El lugar del ensayo

Liliana Weinberg*

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Universidad Nacional Autónoma de México
CIALC, UNAM

“Nuestro mundo acaba de encontrar otro...”

Michel de Montaigne,

“De los coches”, *Ensayos*, III, vi

Resumen

Se propone un recorrido en busca del lugar del ensayo y se proponen algunos puntos fuertes de discusión en torno a su interpretación y su ubicación con respecto al problema del género. Se plantean varias posibilidades: mientras que para algunos el ensayo se encuentra localizado en la tradición del ensayo europeo, otros lo definen como descentrado o como fuera de lugar, y por nuestra parte proponemos repensarlo a partir de la relacionalidad. Se hace especial hincapié en cuestiones como la consideración del punto de vista del ensayo en cuanto punto de partida de su propia indagación; el tratamiento participativo del autor con el mundo, el lector, el lenguaje; la importancia del diálogo y la consideración del ensayo como espacio de encuentro y mediación entre experiencias e interpretaciones. Se establece un diálogo con algunos ensayistas clave y algunos de los principales críticos dedicados al ensayo: el propio Montaigne, Lukács, Adorno, y, en nuestra tradición, Arciniegas o Glissant. Se retoman las observaciones del poeta y ensayista hispano-mexicano Tomás Segovia en cuanto a que todo decir es un querer decir y se examinan los alcances de dicha afirmación para reconsiderar al ensayo como una interpretación que se confirma como una permanente puesta en valor.

Palabras clave

Ensayo - Género - Tradición- Crítica - Ensayo latinoamericano

Abstract

We propose a journey in search for the location of the essay, and some strong discussion points are proposed around its interpretation and its placement regarding the problem of gender. We propose various possibilities: while for some the essay is localized in the tradition of the European essay, others define it as decentered or out of place and for our part we propose to re-think it from relationality. We make a special emphasis in questions such as the point of view of the essay as the set-point of its own inquiry, the participative treatment of the author with the world, the reader, and language, the importance of dialogue and the consideration of the essay as a space for encounter, and mediation between experiences and interpretations. A dialogue is established with some key essayists and some of the main critics devoted to the essay: Montaigne himself, Lukács, Adorno, and Arciniegas or Glissant in our own tradition. We take up the observations of the Spanish-Mexican poet and essayist Tomás Segovia in that every saying is a wanting to say and we examine the scope of said affirmation in order to reconsider the essay as an interpretation that is confirmed as a permanent valorization.

Keyword

Essay - Genre - Tradition - Criticism - Latin-American Essay

El ensayo y el lugar americano

Si nos asomamos al primer globo terráqueo de que se tenga noticia, elaborado por Martín de Baviera en 1492 y hoy conservado en el Museo de Historia de Berlín, descubriremos para nuestra sorpresa que América aún no existía en el panorama del mundo conocido por los europeos. Al mismo tiempo que entre el círculo de los iniciados se conjeturaba ya la esfericidad de la tierra, contemplar un globo donde todavía no aparece América, puesto que fue construido por la misma época en que Colón se hacía a la mar, genera en nosotros un profundo desasosiego. América no tenía entonces lugar en el mapa: no había nacido al conocimiento ni al reconocimiento europeo.

Otro tanto sucedería si nos asomáramos a varios de los posibles mapas de los géneros literarios, ya que tampoco reconoceríamos en ellos al ensayo. En efecto, habrían de pasar muchos años para que éste fuera admitido como un nuevo miembro de la familia de los géneros: un lugar que muchos aún le escatiman. Parafraseando a Tinianov, podemos decir que dentro de los estudios literarios el lugar destinado al ensayo conserva todavía el estatuto de un territorio colonial (90). A lo largo de este trabajo procuraré pensar ese lugar del ensayo, su aparición, su exploración, su conocimiento objetivo y el reconocimiento de su legitimidad.

Muy poco tiempo después de la constitución del globo de Martín de Baviera, las cosas habrían de cambiar radicalmente. Tras los viajes de Colón y el reconocimiento de la especificidad de ese nuevo mundo en que participó Américo Vespucio, hacia 1580 Michel de Montaigne publicará el primer tomo de sus ensayos, incorporando ya desde la advertencia “Al lector” una primera mención del tema americano, al que regresará en distintos capítulos de su obra, y muy particularmente en “De los caníbales” (I, XXXI) y “De los coches” (III, VI), conforme vayan avanzando los

datos y debates sobre las tierras y gentes descubiertas. Las reflexiones que lo llevan a incorporar la idea de nuevo mundo constituyen además, en mi opinión, particulares detonantes de sus ensayos.

Germán Arciniegas nos ofrece una acertada imagen para el encuentro entre nuestro continente y el género que nos ocupa: “Nuestra América es un ensayo”.¹ Esta afirmación del escritor colombiano –que cumple con todas las condiciones de la formulación de un juicio tal como Lukács lo proponía para el género– no ha dejado de atraerme desde el comienzo de mis trabajos sobre el ensayo. La historia de la prosa interpretativa y la historia del nuevo mundo van de la mano y entran en diálogo, según Arciniegas, desde el propio diario de Almirante, y se revivifican a la hora de proyectar nuestra emancipación mental. El texto del autor colombiano, verdadero ensayo de ensayos, representa además un hito importante en el reconocimiento del lugar que ocupa la prosa de ideas en la formación intelectual de nuestro continente y en la configuración de la esfera que otro gran escritor ha llamado “la inteligencia americana” (Reyes). Me parece éste un excelente ejemplo de un modelo del ensayo que lo dota de inteligibilidad y legitimidad al enlazar su origen con el programa europeo y la expansión atlántica.

Desde una perspectiva comúnmente admitida, el árbol genealógico del ensayo americano tiene como primer antecesor a Montaigne, y aunque Arciniegas ve con audacia en la prosa reflexiva que surge desde el descubrimiento un precedente del trabajo del autor francés, no deja de acogerse a un enfoque eurocéntrico, unidireccional, aunque inteligentemente complementado y modificado. Ya desde el título, planteado bajo la forma de un juicio por el que se afirma la equivalencia entre un continente y un género, y

¹ He dedicado a este texto un estudio pormenorizado en 2001 y 2012.

en un ejercicio interpretativo que combina mostraciones y demostraciones, metáforas y conceptos, apoyados en la columna vertebral de ese discurso histórico que se corresponde también con la visión racionalista, liberal y modernizadora de Arciniegas, se hace equivaler la historia de América y la toma de conciencia del proyecto americano con la historia de la prosa no ficcional. Y sin embargo...Dejo en suspenso este tema, que retomaré al final de mi trabajo, a través del cual procuraré esbozar un posible modo de acercamiento a ese lugar.

El ensayo, el viaje, el diálogo, la lectura, la pintura de sí, la interpretación del mundo están muy ligados a partir de esa genial operación, de ese monumental golpe de timón, que imprimió Michel de Montaigne a la prosa cuando la convirtió en escritura del yo e hizo del punto de vista un verdadero punto de partida. En efecto, para el caso del ensayo todo está en el punto de vista, como una nuez. El ensayo nos ofrece, en palabras de Routh retomadas por Terrasse, “una perspectiva para ver”, y así el ensayo es paradójicamente el resultado de “una tensión entre dos deseos aparentemente contradictorios: describir la realidad tal como es en sí misma e imponer un punto de vista sobre ella” (139); así, como observa Arenas Cruz, se da en él una “*personalización* de la materia” (143). Hay en efecto una doble remisión entre la mirada y el mundo a que da lugar el ensayo, que se hace explícita en un momento de construcción de la subjetividad moderna y reconocimiento de los nuevos modos del conocer. El ensayo hace siempre ostensible la existencia de una perspectiva sobre el mundo que se ha de interpretar. De este modo resulta imposible pensarlo en un espacio neutral: es necesario insistir en su permanente puesta en valor del mundo. Como afirma Tomás Segovia, *todo decir es un querer decir* (43) y enfatiza así la direccionalidad, la orientación de la palabra, la profunda voluntad dialógica de todo acto de sentido.

Pero a la vez, también en palabras de Segovia, *ciertas cosas del mundo tienen que ser dichas* y de allí la exigencia de interpretación de toda “mirada significativa” (p. 47), de modo tal que el ensayista se convierte en vigía, escucha, entendedor y sentidor de un cierto estilo de dársele el mundo al que él responderá a partir de su estilo de ver el mundo (Weinberg 2010). El ensayo es un viaje intelectual por un mundo de significados y valores cuyo punto de vista es decisivo en cuanto a partir de él se sientan las bases del texto así como de su puesta en diálogo y contexto. El ensayo es la representación de un proceso interpretativo (Adorno): es representación del mundo y de la mirada activa sobre el mundo, pero es al mismo tiempo la representación de un diálogo intelectual y una composición escritural sobre el mundo que se van también desplegando a través del texto. Ese punto de vista, que es a la vez un punto de partida del sentido, se encuentra antes y después del texto, está fuera y dentro de él, en una relación de doble implicación parangonable a lo observado por Benjamin respecto de la relación entre lo poético y lo poetizado. Y como en todo viaje, y como en todo diálogo intelectual, la decisión primera es anticipación de un recorrido y de un horizonte de llegada.

Desde que Michel de Montaigne sienta las bases del género, una de las notas fundamentales del ensayo será el carácter ostensible y definitorio de la adopción de un punto de vista.² No es casual que la obra de Montaigne aparezca por los

2 Entre las principales ediciones de la obra del gran ensayista cito: Michel de Montaigne (1939). *Essais* (1580-), texte établi et annoté par Albert Thibaudet. Paris : Nouvelle Revue Française. 2 volúmenes; (1962). *Oeuvres complètes*, texte établi par Albert Thibaudet et Maurice Rat. Paris: Gallimard (*Bibliothèque de la Pléiade*, 14); (1979). *Essais* (1580-), cronol. e introd. de Alexandre Micha. Paris: Flammarion. 3 vols. Entre las traducciones menciono (1962) Michel de Montaigne, *Ensayos* (1580-), trad. de Constantino Román y Salamero. Buenos Aires: Aguilar, edición corregida por Ricardo Sáenz Hayes, y (1985). *Ensayos*, edición

mismos años en que los grandes pintores renacentistas están preocupados por el tema de la perspectiva y la representación; no es tampoco azarosa su apelación al boceto y la pintura, el retrato y el autorretrato, la representación y la fantasía, como no es tampoco casual la abundancia de imágenes visuales y cinéticas en su obra. El ensayo representa una mirada que observa a la vez que evalúa, en un esfuerzo tensional que se extiende como puente desde y hacia un mundo valorado. La coherencia del ensayo se apoya en ese punto de vista que es anterior y posterior a la organización del texto. El ensayo remite al observador a la vez que al objeto mirado a través de una configuración del lenguaje que supone la consolidación de una nueva forma en prosa.

El estilo del ensayo es capaz de guiarnos por el universo mental del escritor: se trata así de un estilo de escribir que conduce a un estilo de pensar; de un estilo de pensar que conduce a un estilo de escribir, ya que el propio género surge como proyecto escritural en el momento de expansión de la imprenta, y su propia representación de ese estilo escritural de captar el mundo nos pone en relación tanto con el universo mental del escritor y su escritura como con el mundo que está más allá del texto. Si bien esta compleja operación podría darse como cerrada y completa si atendiéramos al plano proposicional y objetivador, en la medida en que nos encontramos ante una operación comunicativa e interpretativa en la cual intervienen no sólo proposiciones sobre el mundo en abstracto sino sobre el ámbito social y valorativo, es indispensable ampliar al modelo en nuevas dimensiones, y particularmente la que tiene que ver con los elementos no cognitivos (tal, el caso de los valores), los elementos performativos y la dimensión participativa, que supera los alcances de una mera comunicación para instaurarse en

y traducción de Dolores Picazo y Almudena Montojo. Madrid : Cátedra. 3 volúmenes.

una dimensión dialógica propia de todo acto interpretativo. Ese modo de interpretar activo y configurativo del ensayo reúne así dos aspectos básicos y se inscribe, para decirlo con Habermas, en el plano cognoscitivo a la vez que en el comunicativo: es un hablar *sobre* a la vez que un hablar *con*.

Por otra parte, al mismo tiempo que el ensayo representa el acto de interpretar (Adorno), representa el diálogo entre pares intelectuales, la conversación propia de un espacio de libertad: una forma de intercambio de ideas que se acerca al ejercicio del don, de acuerdo a ese modelo de circulación de bienes simbólicos al que se refirió hace ya muchos años Marcel Mauss en un estudio clásico, y que adquiere nuevas características al ingresar en el campo artístico e intelectual, donde reviste una nueva forma: diálogo libre en ejercicio de la amistad y reconocimiento del otro.

Edward Said, en *The World, the Text and the Critic*, relaciona punto de vista y postura crítica: es a partir de la distancia entre la conciencia y ese mundo respecto del cual para otros sólo ha habido “conformidad y pertenencia”, que existe la necesaria toma de distancia por parte de la crítica. Así, “la conciencia crítica es parte de su mundo social real y del cuerpo literal que la conciencia habita y no es, de ninguna manera, una forma de escape de la una ni de la otra”.³

Cuando, en 1580, Michel de Montaigne da a publicidad el primer libro de los *Ensayos* y declara que “Es el juicio un instrumento necesario en el examen de toda clase de asuntos; por eso yo lo ejercito en toda ocasión en estos ensayos” (I, L), el yo y el juicio quedan indisolublemente unidos a partir de aquí a la construcción del texto Montaigne introduce un nuevo ingrediente a la familia de la prosa: el factor del sujeto, su mirada, su experiencia, sus lecturas, sus diálogos, su cuerpo, en un temprano ejercicio de autoetnografía, o mejor aún,

3 Hay traducción al español. Véase Bibliografía.

para decirlo con palabras de Bourdieu, de una “objetivación participante”. El factor individual reacomoda todo el sistema de fuerzas del texto y su relación con el mundo referencial y con el interlocutor. Habrá una nueva ilusión de referencialidad, pero a la vez de reconfiguración de lo visto a través de la prosa, así como habrá un intento de que el individuo haga un retrato de sí a través de las palabras de la propia lengua. Pocos años después Francis Bacon se interesará por la obra de Montaigne y la retomará en sus propios ensayos de moral y política. Como observa Miguel Gomes, es en ese momento de encuentro con su primer lector y seguidor cuando el ensayo se instaura como un nuevo miembro de la familia de los géneros. Es a partir de esa lectura libre en ejercicio de amistad intelectual –agreguemos–, que el ensayo se asociará al ámbito del diálogo como posible forma de apertura, de ampliación e incluso de construcción del conocimiento.

Se impone la pregunta necesaria: ¿Es Montaigne el padre del ensayo? ¿O su propia obra se apoya a su vez en la larga cadena de antecedentes de la prosa no ficcional, desde los diálogos platónicos mismos? ¿Desciende el ensayo de parientes de alta alcurnia retórica, como Cicerón y Séneca? ¿O en realidad lo que hace es integrar y reconfigurar gracias a su mediación creadora una nueva cadena de textos menores, mixtos, fragmentarios, que se habían puesto en circulación en el renacimiento fuera de los circuitos tradicionales, tales como las primeras antologías de lugares comunes, las cartas, los discursos morales, los consejos sobre el cuidado de sí?

Apelando a una expresión de Foucault, prefiero referirme a Montaigne como un “instaurador de discursividad”. En efecto, aun cuando puedan rastrearse diversos antecedentes del género, no hay duda de que es a partir de la genial operación de Montaigne y en las condiciones históricas propias de su época cuando se da esta reconfiguración radical en el sistema de la prosa.

La operación de Montaigne hará del punto de vista personal, de la capacidad de emitir juicios sobre el mundo desde la propia perspectiva y la propia experiencia interpretativa en el seno de la lengua materna (y ya no del latín), un pivote que alterará la relación entre las formas discursivas e incidirá también en la modificación de las prácticas de lectura y escritura al hacer que el comentario personal del autor a los libros de los otros pase, del margen, al centro y que la relación hombre-mundo se convierta en el nuevo eje de la escritura, a través del ejercicio del juicio y el enlace entre experiencia y sentido. Hay otro ingrediente fundamental: el conocimiento deja de ser concebido como imitación cerrada de lo ya sabido para convertirse en un proceso abierto de construcción; deja de ser repetición para ser puesta en diálogo y mediación creativa entre discursos y saberes. En las complejas operaciones de lectura que el ensayista hace en una biblioteca abierta, en su transcripción a través de la lengua materna, pone en juego el yo y el juicio. A su vez, el ensayo representa la reconfiguración de las relaciones y vínculos entre una larga y compleja familia discursiva. Representa también una forma de mediación configuradora, apoyada en el ejercicio de escritura, entre distintas modalidades textuales y huellas de lectura. Apelación a la lengua nativa y esfuerzo por aplicarla al conocimiento de sí y del mundo. Apelación a un estilo conversacional que permitirá la mediación escrita entre opiniones, saberes, a la vez que honrará la idea de amistad intelectual fundando una nueva perspectiva de lectura.

El gesto de Montaigne, el acto enunciativo de Montaigne, pone en evidencia la fuerza incoativa de la palabra. De allí la importancia que tiene en el ensayo la posibilidad de adoptar y hacer ostensible el lugar de la enunciación. De allí también la importancia del presente del ensayo. Pero al mismo tiempo, el ensayista siente que *ciertas cosas del mundo tienen que ser dichas*. El mundo exige ser pensado desde

una perspectiva crítica. El ensayista se colocará siempre a la orilla de lo ya sabido y lo ya aceptado por la moral al uso, para instalar el “y sin embargo” de Galileo: pesar, examinar, sopesarlo todo desde una perspectiva moral y ejercer su “arte de pensar”.

Este *querer decir* lleva como guía necesaria otro ingrediente: la responsabilidad por la palabra empeñada, por la representación del mundo y por la representación de ese acto interpretativo: la garantía de autenticidad, no doblez, sinceridad, buena fe en el decir que consiste en no mentir a los demás ni mentirme a mí mismo. El resultado puede faltar a la verdad, pero nunca la búsqueda de la verdad, que se propone como ejercicio de buena fe. Fidelidad a la verdad. Apunto aquí uno de los temas que me han interesado en los últimos años: la buena fe, la autenticidad y la sinceridad, la responsabilidad en el decir y la responsividad en el decir, que corresponden a su vez a la firma de un nuevo contrato de lectura, por el que la prosa comenzará a emanciparse de los viejos moldes jurídicos para firmar con el lector un nuevo acuerdo de lectura. Si Blanchot habla de “la mala fe” de la ficción, en nuestro caso hablaremos de “la buena fe” del ensayo (Weinberg 2012). La buena fe se erige en garantía de la búsqueda y del reconocimiento que los demás hagan de esa búsqueda como apertura al placer del bien pensar y el bien decir sin una necesaria aplicación didáctica o doctrinal. El yo, el juicio, la permanente aspiración a la referencialidad y la veridicidad, en un continuo proceso por el que se produce una relación de participación y diálogo entre el autor, el lector y el objeto de su reflexión, en un reenvío permanente del mundo a la mirada sobre ese mundo y una participación de ese proceso de pensar el mundo con el otro, en la restitución de condiciones de diálogo a través del representar de un pensamiento activo.

Nace así el ensayo como una tensión entre el ámbito

de las prácticas del *facere* y el *agere*: el quehacer práctico y el ejercicio intelectual, enlazados por la experiencia del yo, conforman un umbral de tránsito entre las distintas formas de actividad, como establecimiento de una relación dinámica entre el ver el mundo a partir de la propia experiencia y el volcarse al mundo a través de la acción, entre vivir y leer el mundo. Es así como comienza a definirse una nueva forma simbólica de relación del hombre y el cosmos a través del conocimiento: el quehacer intelectual se examina a sí mismo y se instaure y autoriza –apoyado en el valor de autenticidad del intento– como descubrimiento de una nueva práctica capaz a su vez de someter a examen crítico otras experiencias.

Encontraremos además en Montaigne otra clave: su reflexión sobre la conversación y el diálogo de amistad intelectual como una forma de ir en busca de la verdad, así como de los libros y la lectura como experiencia vivida e inmediata a la vez que intelectual y mediada. Más de una vez se referirá nuestro autor a la cercanía con los libros en un doble carácter: obtener saber pero también placer; atender al tema a la vez que al estilo. Su amor por la lectura y por la búsqueda de tesoros en las bibliotecas –que hace suyas nuevas prácticas de lectura y de relación del humanismo con el conocimiento– a la vez que su sospecha de la lectura; su interés por conversar con autores y libros con fines de aprendizaje pero también de placer, nos permiten entrever un momento de rica inestabilidad. Recorrer, de la mano de Montaigne, su paseo por los libros, es ingresar a un mundo nuevo que comienza a configurarse en el Renacimiento, aun cuando sólo se consolidará en el XVIII: el mundo de la literatura.

He procurado identificar algunas de las principales hiladas del ensayo, aun a sabiendas de que se trata –como lo dice la recordada expresión sarmientina–, de un nudo imposible de cortar. Me he referido al yo en su relación con el

mundo, al acto interpretativo y la conversación, a la ruptura con un orden cerrado, jerárquico, autoritario y excluyente del saber a la vez que a la instauración de una nueva forma de exploración del mundo que será necesariamente abierta, constructiva, participativa e incluyente. He procurado enfatizar la importancia del diálogo, que adopta la forma de la conversación amistosa entre pares a la vez que de modelo de construcción del conocimiento. Sin embargo, este panorama no estaría completo si omitiéramos cuando menos otros dos componentes clave. En primer lugar, ese otro ingrediente fundamental que todo lo baña: el lenguaje. El ensayo es un modo interpretativo que sigue los modos de significar propios de las lenguas naturales, que se enamora a la vez que se distancia críticamente de las posibilidades figurales, imaginativas, polisémicas, del lenguaje; que lo reconoce como espacio de construcción del conocimiento que debe acatar las posibilidades de libertad significativa a la vez que controlarlas a través del ejercicio de la crítica, y comienza ni más ni menos que por hacer de la deixis un punto de partida del pensamiento en el lenguaje. Pero al mismo tiempo, el ensayo es escritura, de modo tal que los ritmos del decir y del pensar no se trasladan sin más a la prosa escrita, ya que se da un ejercicio libre de la escritura, una afirmación de los derechos de la propia escritura, en el momento en que la circulación de la letra impresa y el ejercicio general de traducción de antiguos y modernos empiezan también a tener una vida independiente.

Hay así una permanente relación entre experiencia y sentido como clave del ensayo. La gran pregunta es cómo definir el ensayo sin paralizar aquello que considero fundamental en él, que es la actividad, el proceso interpretativo, el despliegue de un acto enunciativo que lleva a cabo. El ensayo es “discurso situado” (Glaudes), en él es fundamental el lugar de enunciación, pero a la vez es producción de

sentido desde la escritura. Es así como se proyecta y traduce la situación particular en intersubjetividad lectora. Un gran dilema es que, cuando tratamos de definir el ensayo como una clase de textos, pronto nos envía a la necesidad de verlo como proceso intelectual: *ergon* y *enérgeia*.

Propongo así considerar el ensayo como un texto situado, que establece un juego de permanente remisión al aquí y ahora de sus condiciones de enunciación a la vez que a su modo de inscripción en un sentido general y comunicable. Es así como rescato un elemento que parecía accesorio en el estudio del ensayo y representa una evidencia fuerte: el presente del ensayo. El ensayo es un texto en el que se hace ostensible el presente del acto de entender y de decir, la puesta en evidencia del momento enunciativo y escritural así como el permanente reenvío a las condiciones propias de una situación enunciativa.

Fuera de lugar

¿Surge el ensayo dentro o fuera de los cánones europeos? ¿Podemos plantear que el ensayo se encuentra “fuera de lugar”? ¿Cómo explicar, si nos atenemos al modelo tradicional que deriva el ensayo de Montaigne, la emergencia temprana de la voz del padre Las Casas? Esta gran figura ha aportado, antes de Montaigne y desde el lugar americano, otro componente básico del ensayo: la valiente posibilidad de tomar distancia de la propia cultura y la propia experiencia y someterlas a crítica. La lectura que Montaigne podría haber hecho de Las Casas se evidencia incluso en “De los coches”, donde la visión crítica del dominico parece haber integrado ya de manera más franca la conciencia de existencia y el derecho al reconocimiento de otros pueblos y costumbres (Weinberg 2007).

¿Se encuentra el ensayo americano ligado a la

misma tradición del ensayo hispánico? A los rastreos de varios críticos que exploran, por ejemplo, la prosa de los jesuitas expulsos o la prosa dieciochesca en general, añado que se debe tomar en cuenta otro hito, ya que corresponde a Bernardo de Monteagudo, con su “Ensayo sobre la Revolución del Río de la Plata desde el 25 de mayo de 1809”, publicada en el periódico *Mártir; o libre* el lunes 25 de mayo de 1812 la fundación del ensayo americano y la toma de conciencia de las potencialidades del mismo. El propio autor reconocerá francamente y hará explícita su adscripción a esta nueva modalidad discursiva, ligada a su vez a un modo de circulación de las ideas que he denominado “de contrabando”, en coincidencia con la hipótesis de Miguel Gomes, quien plantea de manera convincente que el ensayo americano proviene de una tradición diferente de la del ensayo español, en cuanto está ligado a distintos circuitos de lectura y escritura: “Muchos indicios hacen pensar que en América el ensayo había obtenido su ‘carta de naturaleza’ como tipo de escritura y tenía una ‘dimensión literaria peculiar’ antes de Clarín o de la generación del 98” (27). Walter Mignolo señala también una distancia entre el ensayo latinoamericano y los cánones europeos y se refiere a “La *otredad* evidente del fenómeno ensayístico de Iberoamérica con respecto del modelo europeo, surgido en el encuadre cronológico renacentista, y originado para observar o meditar sobre otras realidades” (32).

Mientras que una línea de estudiosos nos muestra una continua preocupación por entender y definir una manifestación que consideran característica de la prosa de ideas de poderosa presencia en la región, para muchos críticos, observado desde la perspectiva de los géneros literarios propiamente dichos –esto es, desde el modelo de pureza textual y los paradigmas de inteligibilidad europeos–, el ensayo se encuentra “fuera de lugar”. Empleo esta expresión inspirada en “Las ideas fuera

de lugar”, ensayo fundamental de Roberto Schwarz, que se refiere al papel que toca a las ideas “importadas” de Europa a América Latina cuando se reinsertan en un ámbito distinto y quedan así descolocadas ante una realidad sociopolítica y cultural diferente a la de origen.

Subsiste en el estudio del tema que nos ocupa una paradoja fuerte: mientras que muchos admiten que el ensayo es representativo y central para la literatura y el quehacer intelectual de nuestro ámbito cultural, continúa considerándose en muchos sentidos un género marginal y desenmarcado en cuanto a su posición en el concierto de los géneros y formas literarias. Para algunos incluso sería precisamente la “hibridez” del ensayo la que lo colocaría fuera de lugar respecto del campo literario y lo conduciría a acercarse al ámbito de lo ideológico, y por tanto a extraerlo del modelo de literatura pura para acercarlo a géneros ancilares. Y sin embargo es este particular lugar del ensayo, colocado en la zona de encuentro entre el campo literario y el intelectual, el que lo vuelve un género clave para comprender las formas de ideación en nuestros países.

Un nuevo lugar

Es posible atender no sólo al propio ensayo como configuración de sentido con autonomía relativa sino también a ese *más allá* del texto –aquella forma que lo liga, según Lukács, con la vida–, y esto implica atender a algo que está en el recorte mismo, en las cuestiones propias de la inteligibilidad del texto: el ensayo traduce una auténtica poética del pensar, de modo que a través de su lectura es posible atisbar una visión de mundo, una forma en que se traduce lo decible, lo pensable, lo imaginable, lo nombrable por parte de una comunidad específica, no sólo en el plano de lo conceptual sino en el de la estructura de sentimientos, a través de lo que

el ensayista traduce y a la vez propone, llevando siempre más allá los límites de lo que puede decirse y pensarse.

Es posible además –siguiendo las propuestas de la historia intelectual– atender a la relación del texto con otras esferas, a las que me refiero como su *más acá*, esto es, las prácticas de sociabilidad intelectual, las condiciones materiales y sociales de producción, circulación, recepción: la inscripción del texto en el panorama de las formas de escribir, leer, editar, que nos permiten también alcanzar una comprensión más profunda del sentido de ese texto, su *querer decir*. Para el caso de América Latina es frecuente encontrar textos que han funcionado a la vez como discursos, prólogos, conferencias, artículos periodísticos, proclamas de combate, hasta condensarse en la forma del ensayo. En rigor lo que propongo hacer es ahondar en eso que dijo hace más de un siglo Alfonso Reyes cuando vio en el género la verdadera forma del pensamiento contemporáneo.

Quiero cerrar estas reflexiones insistiendo en que el ensayo ocupa un lugar especial: el lugar del encuentro simbólico, el lugar del diálogo y la amistad intelectual. En efecto, si releemos las grandes piezas de la prosa de idea en clave de encuentro descubriremos cuestiones apasionantes. Muchos son los sentidos en los cuales es posible pensar el ensayo como espacio de encuentro simbólico, tales como sociabilidad intelectual y amistad textual. El ensayo latinoamericano es pródigo en la representación de estas formas de diálogo notables que han sido decisivas para la constitución misma del género, para su consolidación, para la crítica en general y para la crítica latinoamericana en particular. Si atendemos a experiencias tales como el Salón Literario en el Río de la Plata o el Ateneo de la Juventud en México, descubriremos la enorme permeabilidad entre los textos escritos por sus integrantes y el cúmulo de conferencias, discursos, intervenciones en la vida civil que

a su vez evidencian el modo en que el ensayo se encuentra en un nudo de relaciones de amistad intelectual y posibilita la representación de una amistad textual. Así lo muestran también los ricos epistolarios de muchos hombres de ideas latinoamericanos, o el papel que tuvieron en la organización de bibliotecas, colecciones de libros, redes intelectuales.

Mi propio trabajo pretende ser no sólo una propuesta crítica sino una propuesta ética. Una puesta en diálogo en el más hondo sentido del término, como lo quiso Bajtin, sentido de la palabra que hoy se nos está escapando. El ensayo puede contemplarse como un espacio textual de encuentro, confluencia, diálogo de diálogos, apropiación creativa de lecturas y representación de prácticas discursivas así como de modos de sociabilidad intelectual, y es con esta hipótesis fuerte como he querido iniciar un nuevo proyecto de investigación: el ensayo en diálogo.

En suma, la lectura del ensayo que por mi parte propongo no deja de reconocer en primerísimo lugar la especificidad del texto, así como su configuración artística y su autonomía relativa: el texto ensayístico manifiesta alta densidad sintáctica y semántica y su constitución obedece a las reglas del arte, a través de las que encuentra una organización, de modo tal que es posible descubrir en él constelaciones de sentido que lo habitan y atraviesan. De allí que para la crítica sea posible adoptar diversas líneas de análisis que den prioridad a los aspectos textuales o contextuales. Por mi parte he insistido en la necesidad de poner ambas instancias en diálogo.

Es también necesario poner el propio ensayo en diálogo y considerar las modalidades de inserción del texto en tradiciones artísticas y de pensamiento, convenciones literarias y tomas de posición ética y estética, o su enlace con estilos, procesos de simbolización y debates intelectuales con los cuales entra en diálogo más o menos explícito. Estas

formas de diálogo no necesariamente se mantienen en un plano abstracto, sino que se dan de manera concreta, cercana, íntima, como pueden serlo la voz, la conversación, la escucha, la polémica, la relación vital con las lecturas y el intercambio de ideas.

Si por una parte el ensayo se vincula con redes de diálogo y sociabilidad intelectual, debemos enfatizar que en muchos casos él mismo representa performativamente los términos de una conversación y una escucha, tanto a partir de un sentido profundo de participación como de amistad textual. Deseo enfatizar que referirnos al aspecto conversacional en el ensayo no aspira sólo a resaltar el sentido ético de la conversación y la representación de los términos de una conversación en el propio texto, sino incluso el sentido de búsqueda abierta y constructiva de conocimiento que este ejercicio trae aparejado. El encuentro con el otro y la relación de doble implicación con el mundo a través del lenguaje, el diálogo y la escritura, están así en la base de la constitución misma del género, a la vez que se despliegan en cada texto en particular, como coincidencia y tensión amistosa al mismo tiempo. El diálogo ha sido también concebido como una forma de búsqueda intelectual.

Por fin regreso al comienzo de estas reflexiones y al suspenso depositado en el *sin embargo*... Para honrar la relación entre el ensayo y América y ser fieles a ella hasta sus últimas consecuencias es preciso someter a crítica el modelo único y excluyente al que hemos querido someter algunos de los rasgos más indomables del ensayo: libertad, creatividad, incertidumbre, relacionalidad. Sólo así podremos dar cuenta de la sorprendente expansión de la gran familia de la literatura de ideas en nuestros días.

Desde el Caribe, Édouard Glissant ha planteado la necesidad de formular una “poética de la relación” (1990), vinculada a un “sistema relativizante” que haga justicia de las

opacidades (189). El término “relación” es fundamental, creo, para entender la tarea del ensayo, que es necesariamente un permanente esfuerzo de salvación de lo particular y lo distinto en la vinculación entre el hombre y el mundo, lo sabido y lo por conocer, el autor y el lector, así como también un ejercicio de curiosidad intelectual atento a la relación abierta entre mundos.

De este modo, demandar el origen del ensayo en un proyecto tan audaz como el de Montaigne no resultaría suficiente: es necesario someter a crítica ciertas certezas, a partir de las cuales seguimos leyéndolo en esa busca de origen, de identidad, de sentido único, en ese comienzo del camino por el cual Europa fue descubriendo América, la primera convertida en lugar de la enunciación y la segunda en lugar del enunciado (Mignolo), así como seguimos reconociendo en ese modelo el único *locus* posible de enunciación respecto del cual todos nosotros sólo seríamos enunciados.

Si atendemos a los ejemplos de hoy, a las refulgencias y modalidades que va tomando la prosa en nuestros días, podemos afirmar que el lugar del ensayo se parece hoy más al lugar relacional propuesto por Édouard Glissant: ese sistema relacional y relativizante que nos permita estar atentos a lo diverso: “Se trata”, dice Glissant, “de la aparición de un hombre nuevo que yo definiría [...] como un hombre capaz de vivir lo relativo después de haber sufrido lo absoluto. Llamo ‘relativo’ a lo Diverso, la necesidad opaca de consentir la diferencia de lo otro; y llamo ‘absoluto’ a la búsqueda dramática de imposición de la verdad al Otro” (1990: 243).

Si comencé estas reflexiones con un gran ensayista, las concluyo con las de este gran pensador martiniqués, para quien es necesario postular, en contraste con el modelo Mediterráneo, el modelo del mar Caribe, el modelo del archipiélago relacional. De este modo, lejos de afirmar para el ensayo un destino manifiesto de origen exclusivo y

orientación uniforme, prefiero hablar de las distintas formas de manifestación de un sentido, esto es, pensar las identidades a través de formas relacionales y diversas que, en lugar de buscar cierres y síntesis no hagan sino mostrar la posibilidad de expansión de nuestra familia literaria como una permanente forma de diferenciación abierta. El lugar de enunciación del ensayo no es un lugar de origen fijo que marca una dirección única, sino un lugar que se descubre a sí mismo y desde el que se plantea un proyecto intelectual plural abierto al diálogo y la coincidencia. Todo ensayista puede decir así desde su propio lugar, como alguna vez lo hizo Montaigne, que “nuestro mundo acaba de encontrar otro...”.

- * **Liliana Weinberg** estudió ciencias antropológicas en la Universidad de Buenos Aires y es doctora en Letras Hispánicas por El Colegio de México así como doctora *Honoris Causa* por la Universidad Nacional de Atenas. Actualmente es investigadora titular de tiempo completo en el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México y docente en la Facultad de Filosofía y Letras de la misma institución. Es investigadora nivel III en el Sistema Nacional de Investigadores y miembro de la Academia Mexicana de Ciencias. Obtuvo la Distinción Universidad Nacional para Jóvenes Académicos en el área de Investigación en Humanidades (1995), el IV Premio Anual de Ensayo Literario Hispanoamericano Lya Kostakowsky (1996), la medalla Sor Juana Inés de la Cruz de la Universidad Nacional Autónoma de México (1998) y el Cuarto Premio Internacional de Ensayo otorgado por la Editorial Siglo XXI, la Universidad Autónoma de Sinaloa y El Colegio de Sinaloa (2007). Es autora de los libros *Ezequiel Martínez Estrada y la interpretación del “Martín Fierro”* (1992), *El ensayo entre el paraíso y el infierno* (2001), *Literatura latinoamericana: descolonizar la imaginación* (2004), *Situación del ensayo* (2006), *Pensar el ensayo* (2007), y editora de *Ensayo, simbolismo y campo*

cultural (2003), Ignacio Ramírez: *la palabra de la Reforma en la República de las Letras* (2009) y coordinadora de *Estrategias del pensar*; en dos volúmenes (2010 y 2011), entre otros, así como de numerosos estudios críticos dedicados a ensayo, prosa de ideas e historia intelectual en América Latina, siglos XIX y XX. En la actualidad es también directora de *Latinoamérica; revista de estudios latinoamericanos*, publicada por el CIALC, UNAM, e integrante de la Cátedra Alfonso Reyes.

Bibliografía

- Arciniegas, Germán (1963). “Nuestra América es un ensayo”. *Cuadernos*, 73. 9-16.
- Arenas Cruz, María Elena (1997). *Hacia una teoría general del ensayo. Construcción del texto ensayístico*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha.
- Adorno, Theodor W. (1962). “El ensayo como forma”. En *Notas de literatura*. Trad. de Manuel Sacristán. Barcelona: Ariel. 11-36. [“Der Essay als Form”, *Noten zur Literatur*, 1958].
- Bajtin, Mijail (1995). *Estética de la creación verbal*. Trad. Tatiana Bubnova. México: Siglo XXI editores
- Benjamin, Walter (1998) [1914-1915]. “Dos poemas de Hölderlin”. En *Iluminaciones IV (Para una crítica de la violencia y otros ensayos)*. Madrid: Taurus.
- Blanchot, Maurice (1947). “Le Roman, oeuvre de mauvaise foi”. En *Les Temps Modernes*, 19, 1304-1317.
- Bourdieu, Pierre (2003). “L’objectivation participante”. En *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 150, 43-58.
- Foucault, Michel (1984) [1969]. “¿Qué es un autor?”. Trad. Corina de Yturbe. En *Dialéctica*, 16, Puebla: Universidad Autónoma de Puebla, 51-82.
- Glaudes, Pierre y Jean-François Louette (1999). *L’Essai*. Paris: Hachette.
- Glissant, Édouard (1990). *Poétique de la relation*. Paris: Gallimard.
- (2010). *El discurso antillano*, La Habana: Casa de las Américas.
- Gomes, Miguel (2000). *Los géneros literarios en Hispanoamérica: teoría e historia*. Pamplona: EUNSA.
- Habermas, Jürgen (2000) [1985]. *Conciencia moral y acción comunicativa*. Trad. de Ramón García Cotarelo.

- Barcelona: Ediciones Península. [*Moralbewusstsein un kommunikativeshandein*, 1983].
- Lukács, Georg (1985) [1911]. “Sobre la esencia y la forma del ensayo (Carta a Leo Popper)”. En *El alma y las formas. Teoría de la novela*. Trad. de Manuel Sacristán. México: Grijalbo. [“Über Wessen und Form des Essays”, *Die Seele und die Formen: Essays*, 1911].
- Mauss, Marcel (2009) [1923-1924]. *Ensayo sobre el don. Forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas*. Buenos Aires: Katz editores.
- Mignolo, Walter (1984). “Discurso ensayístico y tipología textual”. En *El ensayo hispánico*. Isaac J. Lévy y Juan Loveluck (eds.). Columbia: University of South Carolina. 45-61.
- Monteagudo, Bernardo de ([1812], 1965). “Ensayo sobre la Revolución del Río de la Plata desde el 25 de mayo de 1809”, *Mártir, o libre* y otras páginas políticas (1810-1819), presentación de Gregorio Weinberg. Buenos Aires: EUDEBA.
- Reyes, Alfonso (1942) [1936]. “Notas sobre la inteligencia Americana”. En *Última tule* reproducido en *Obras completas*, t. xi. México: FCE. 82-90.
- Said, Edward (1983). *The World, the Text and the Critic*. Cambridge: Harvard University Press.
- (2004). *El mundo, el texto y el crítico*. México: CCyDEL-UNAM.
- Schwarz, Roberto (2000) [1973]. “As idéias fora do lugar”. En *Ao vencedor as batatas. Forma literaria e proceso social nos inícios do romance brasileiro*. São Paulo: Livraria Duas Cidades. 9-32.
- Segovia, Tomás (1996), *El tiempo en los brazos. Cuadernos de notas*, III, 1963-1984. Madrid : El Taller del Poeta, edición del autor.
- Terrasse, Jean (1977). *Rhétorique de l'Essai littéraire*. Montreal: Les Presses de l'Université de Québec.
- Tinianov, Iuri (2002) [1927]. “Sobre la evolución literaria”. En *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. México: Siglo XXI. 89-102.
- Weinberg, Liliana (2001). *El ensayo, entre el paraíso y el infierno*. México: FCE.
- (2007). *Situación del ensayo*. México: CCYDEL-UNAM.
- (2010). “Tomás Segovia: el don del ensayo”. En *Anales de literatura hispanoamericana*, vol. 39. 41-60.

- (2012). “Ensayo de ensayos”. En *Germán Arciniegas. Ensayo y otredad, identidad de América Latina* revista *Anthropos* (Barcelona), núm. 234. 95-105.
- (2012). “El ensayo y la buena fe”. En *El ensayo: cruces y encuentro*. Diana Castilleja, Eugenia Houvenaghel y Dagmar Vandebosch (coords.). Ginebra: Droz. 21-46.